

chorias de los salteadores de caminos.—Plan de hacienda para la liquidacion de los años V, VI, VII, y VIII.—Presupuesto del año IX.—Arreglo definitivo de la deuda pública.—Desecha el Tribunado y adopta el Cuerpo legislativo aquel plan de hacienda.—Efecto que esto hace en el primer consul.—Continuacion de sus tareas administrativas.—Caminos.—Canal de San Quintin.—Puentes sobre el Sena.—Trabajos del Simplon.—Religiosos del gran San Bernardo establecidos en el Simplon y en el monte Cenis.

Mientras la situacion exterior de Francia se hacia mas brillante de dia en dia; mientras firmaban la paz el Austria y la Alemania y las potencias del Norte se unian con nosotros para resistir á la dominacion marítima de Inglaterra y quedaban cerrados para ella Portugal y el reino de Nápoles; saliendo en fin todo como á medida del deseo de un gobierno victorioso moderado, la situacion interior presentaba á la vista el espectáculo, á veces terrible, de las postreras convulsiones de los partidos moribundos. Ya se ha visto como, á pesar de la pronta reorganizacion del gobierno, infestaban bandoleros los caminos reales, y las facciones desesperadas intentaban asesinar al primer consul de Francia. Estas eran las consecuencias inevitables de nuestras pasadas discordias. Hombres avezados al crimen en el discurso de la guerra civil, y que ya no podian resignarse á una vida pacífica y honrada, buscaban ocupacion en los caminos reales. Abatidas las facciones y sin esperanzas de vencer á los granaderos de la guardia consular, intentaban destruir por medios atroces al invencible causador de su derrota.

Habíase aumentado al aproximarse el invierno el número de malhechores; y ya no se podía transitar por los caminos sin esponerse á ser

victima del robo ó del asesinato. Eran teatro de tales fechorias, como antes, los departamentos de la Normandía, de Anjou, del Maine, de la Bretaña y del Poitou; pero el mal se habia propagado mas todavía. Muchos departamentos del centro y del mediodia, tales, como los del Tarn, de la Lozere, Aveyron, Garona superior, Herault, Gard, Rodano, Alpes altos y bajos, y Var, habian sido tambien infestados. En estos departamentos habian engrosado sus fuerzas las cuadrillas de bandoleros con los asesinos del mediodia, que so pretexto de perseguir á los jacobinos degollaban á los compradores de bienes nacionales para robarles; con los mozos que no querian someterse á quintas, y algunos soldados á quienes habia sacado la miseria del ejército de la Liguria, durante el cruel invierno de 1799 á 1800. Una vez engolfados aquellos infelices en semejante vida de crímenes le habian cobrado aficion y solo podian ser apartados de ella por la fuerza de las armas ó por el rigor de las leyes. Detenian los carruages públicos y se apoderaban de los compradores de bienes nacionales en sus propias casas, y á veces tambien de los ricos propietarios llevándoselos á los bosques, como hicieron, por ejemplo, con el senador Clemente de Ris, á quien tuvieron en su poder por espacio de veinte dias. Hacian padecer á sus víctimas horribles tormentos, quemándoles los pies frecuentemente hasta que les sacaban su rescate obligándolos á desprenderse de considerables sumas. Asaltaban especialmente las cajas públicas, é iban á casa de los mismos recaudadores á apoderarse de los fondos del estado so pretexto de hacer guerra al gobierno. Ser-

vianles de exploradores algunos vagos que habiendo abandonado sus respectivas provincias en aquella época de turbulencias para entregarse á la vida errante, ejercian en las poblaciones el oficio de mendigos. Informándose aquellos miserables de todo mientras pedian limosna, señalaban á los bandoleros, sus cómplices, ó los carruages que habian de detener en los caminos, ó las casas donde habian de entrar á robar.

Necesitábanse partidas de tropa para escarmentar á aquellas gavillas; y cuando se llegaba á apresar á algunos de los que las formaban no podia ejercer su accion la justicia; porque los testigos no se atrevian á declarar, y porque temian los jurados pronunciar las condenas. Sensibles son siempre las medidas extraordinarias, no tanto por los rigores que traen consigo, cuanto por la alteracion que producen en la constitucion de un país y con especialidad cuando la constitucion es nueva; pero en aquella ocasion eran indispensables medidas de esta especie, pues despues de ensayada la justicia ordinaria, se vió que era ineficaz. Se habia preparado un proyecto de ley á fin de erigir tribunales especiales para reprimir las fechorias de los bandoleros; y era objeto de las mas vivas impugnaciones por parte de la oposicion, aquel proyecto presentado al Cuerpo legislativo entonces reunido. Exento el primer consul de los escrúpulos de legalidad, que solo nacen en tiempos sosegados, y que, hasta cuando llegan á ser pequeños ó mezquinos, son por lo menos señal feliz de respeto á las leyes, no habia titubeado en apelar á las leyes militares, mientras se adoptaba el proyecto que á la sazón se discutia. Como

era preciso emplear partidas de tropa para reprimir á aquellas cuadrillas de bandoleros, puesto que la gendarmeria no era bastante fuerte para batirlas, creyó poder asemejar aquella situacion á un estado verdadero de guerra, que autorizaba la aplicacion de las leyes adecuadas al estado de guerra. Formó muchas partidas de tropa que recorrian los departamentos infestados, las cuales iban seguidas de comisiones militares; y todos los bandoleros cogidos con las armas en la mano, eran juzgados y fusilados en el término de cuarenta y ocho horas.

Era tan grande y tan general el horror que aquellos malvados inspiraban, que nadie se atrevia á poner en duda la regularidad, ni la justicia de aquellos castigos. Malvados de otra especie meditaban por entonces la ruina del gobierno consular, valiéndose de medios distintos y mas atroces. Mientras que Demerville, Cerracchi y Arena estaban encausados, sus amigos del partido revolucionario, continuaban formando mil proyectos á cual mas insensatos. Habian imaginado asesinar al primer consul en su mismo palco en el teatro de la ópera, y como se ha visto, apenas se habian atrevido á asir sus puñales; y ahora soñaban otra cosa. Tan pronto querian provocar un tumulto á la salida de uno de los teatros y asesinar al primer consul en medio de aquel tumulto, como aspiraban á apoderarse de su persona en el camino de Malmaison, y á poner en seguida término á su vida. Como verdaderos declamadores de clubs decian esto en todas partes y en voz alta, de tal modo que la policia estaba informada hora por hora de todos y de cada uno

de sus proyectos: pero mientras hablaban sin cesar, ninguno se había atrevido á poner manos á la obra. Temíalos poco Mr. Fouché, y sin embargo los vigilaban constantemente.

Sin embargo, entre sus numerosas invenciones, habia una mas temible que todas, la cual habia dado mucho en que pensar á la policia. Un tal Chevalier, jornalero de las fábricas de armas establecidas en París durante la Convencion, fué sorprendido estando trabajando en una máquina espantosa. Consistia esta en un barril lleno de pólvora y metralla, al cual estaba ajustado un cañon de fasil con su correspondiente llave. Aquella máquina estaba evidentemente destinada á asesinar al primer cónsul, y su inventor fué aprehendido y encarcelado. Hizo aquella nueva invencion algun ruido, y contribuyó mas poderosamente á tener de continuo fijos los ojos en aquellos á quienes llamaban jacobinos y terroristas. Su reputacion del año de 93 los hacia mas temibles que lo que merecian real y verdaderamente. Como ya hemos dicho, incurria el primer cónsul respecto á ellos en el mismo error en que estaba el público, y teniendo siempre entre ojos el partido revolucionario, ya fijándose en las personas honradas que le componian, y se mostraban descontentos de una reaccion demasiado rápida, ya en los infames que soñaban en el crimen sin arrojarse bastante para perpetrarlo; se quejaba de los revolucionarios sobre todo cuanto ocurría, y á nadie como á ellos tenia mala voluntad, no hablando de castigar sino á ellos solos. Insistia Mr. Fouché, aunque en vano, en llamar su atencion sobre los realistas. Se habrian necesitado

hechos muy graves para variar la opinion del primer consul y la del público acerca de este asunto, pero por desgracia se preparaban hechos muy atroces.

Al volver Jorge de Lóndres al Morbihan lleno de dinero, gracias á los ingleses, dirigia en secreto los robos de las diligencias, y habia enviado á París á algunos sicarios con encargo de asesinar al primer consul. Contabanse entre ellos los llamados Limoelan y Saint-Rejant, ambos experimentados en los horrores de la guerra civil, y el segundo, antiguo oficial de marina que tenia algunos conocimientos en el arma de artilleria. A estos dos hombres se habia agregado otro llamado Carbon, personaje subalterno, digno servidor de aquellos grandes criminales. Llegaron á París unos dias despues de otros á fines de noviembre de 1800, (primeros dias de frimario) buscando el medio mas seguro de matar al primer consul, y habian hecho en las cercanias de París mas de una tentativa con escopetas de viento. Avisado el ministro Fouché de su presencia en la capital y de su proyecto, hacia que los observasen de cerca; pero los habia perdido de vista á causa de la torpeza de dos agentes empleados en seguirlos; y mientras se esforzaba la policia por volver á dar con su rastro se habian ocultado aquellos criminales en las mas espesas tinieblas. Sin declarar como los jacobinos, ni revelar su secreto á persona alguna, preparaban un delito horrible que no ha tenido ejemplar mas que una sola vez en nuestros dias. Habiales inspirado la máquina Chevalier el pensamiento de dar muerte al primer consul con el auxilio de un barril de pólvora

cargado de metralla; y resolvieron poner este barril en una carreta pequeña, y colocarle en una de las calles angostas que desembocaban entonces en la plaza del Carrousel, y que atravesaba el primer consul en coche con bastante frecuencia. Compraron un caballo y una carreta, y alquilaron una cochera á fin de que los tuviesen por mercaderes forasteros; Saint-Rejant que como acabamos de decir era oficial de marina y artillero, hizo los experimentos necesarios; y fué muchas veces al Carrousel para ver salir de las Tullerías el coche del primer consul, calcular el tiempo que tardaba en atravesar las calles contiguas, y disponerlo todo de manera que el barril hiciera su explosión á tiempo. Aquellos tres hombres eligieron para llevar á cabo su proyecto un día en que el primer consul habia de asistir á la ópera á oír un oratorio de Haydn, la *Creacion*, que se ejecutaba por primera vez. Era el 3 de nivoso (24 de diciembre de 1800); y eligieron para teatro del crimen la calle de San Nicasio, que iba desde el Carrousel á la calle de Richelieu, y que el primer consul tenia costumbre de atravesar con frecuencia. En aquella calle por fuerza habia de ser lento el paso del carruage mejor conducido, á causa de sus muchos y consecutivos recodos. Llegado el día, Carbon, Saint-Rejant y Limoelan llevaron su carreta á la calle de San Nicasio, y se separaron en seguida. Mientras Saint-Rejant tenia á su cargo prender fuego al barril de pólvora, los otros dos habian de apostarse á la vista de las Tullerías para avisarle, no bien descubriesen el coche del primer consul. Tuvo Saint-Rejant la barbarie de confiar la guarda del caballo enganchado á aque-

lla horrible máquina, á una jóven de quince años; y por lo que hace á él, estaba pronto á aplicar la mecha.

En efecto, en aquel instante cansado de trabajar, vacilaba el primer consul sobre si iria ó no á la ópera; pero se dejó persuadir por las vivas instancias de los que le rodeaban, y salió de las Tullerías á las ocho y cuarto. Acompañábanle los generales Lannes, Berthier y Lauriston, y le escoltaba un destacamento de granaderos de á caballo. Por fortuna aquellos granaderos iban detrás, en vez de ir adelante. Llegó al estrecho paso de la calle de San Nicasio sin que hubiesen anunciado que venia, ni la escolta ni los cómplices del delito, los cuales no llegaron á avisar á Saint-Rejant, ya fuese porque se lo estorbaba el miedo, ya porque no conociesen el coche del primer consul. El mismo Saint-Rejant no le vió sino hasta despues de haber pasado mas adelante del sitio, donde estaba la máquina, y fué atropellado por uno de los guardias de á caballo, pero sin alterarse prendió fuego al barril, y se dió prisa á emprender la fuga. El cocheró del primer consul hombre muy hábil en su oficio, y que acostumbraba á llevar á su amo con velocidad extraordinaria, habia tenido tiempo de trasponer una de las revueltas de la calle cuando se oyó de repente la explosión. Fué espantoso el sacudimiento; faltó poco para que volcara el coche; rompiéronse todos los cristales: la metralla destrozó las fachadas de las casas contiguas; uno de los granaderos de á caballo recibió una herida leve, y muchas personas muertas ó moribundas, quedaron al punto obstruyendo las

calles de los alrededores. El primer consul, y todos cuantosle acompañaban, creyeron desde luego que habian disparado contra ellos un tiro á metralla. Detuviéronse un poco, supieron en breve lo que habia sido, y continuaron su camino. Quiso el primer consul dirigirse á la ópera, mostrando allí un rostro sosegado é impasible en medio de la emocion extraordinaria que reinaba en todos los concurrentes. Ya se decia que para asesinarle habian volado los foragidos todo un barrio de París.

Estuvo pocos momentos en el teatro y regresó inmediatamente á las Tullerías, donde habia acudido inmensa muchedumbre al tener la noticia del atentado. Reprimida hasta entonces la cólera del primer consul, estalló en fin en aquel momento.—Esos son los jacobinos, los terroristas gritaba, son esos miserables que están en rebelion perpétua, ese batallon formado en cuadro contra todos los gobiernos, esos son los asesinos del 2 y del 3 de setiembre, los autores del 31 de mayo, los conspiradores de prarial: malvados que por asesinarne no temen inmolarse millares de víctimas. Voy á hacer un escarmiento ruidoso.—No se necesitaba por cierto que el impulso procediera de tanta altura para que se desatase la opinion contra los revolucionarios. Su reputacion, su maldad exagerada, y sus tentativas en el discurso de dos ó tres meses, eran de tal naturaleza que no parecia extraño que se les atribuyesen todos los delitos. En aquel salon á donde concurrían especialmente personas interesadas en manifestar su celo, no se oyó en breve mas que un solo grito contra los que eran llamados terro-

ristas. Aprovecháronse de aquella ocasion los numerosos enemigos de Mr. Fouché, y propalaron inyectivas contra su persona. Decían que su policia nada veia, y dejaba que todo se consumase: que usaba de criminal indulgencia con el partido revolucionario, lo cual era aludir á las contemplaciones de Mr. Fouché respecto de sus antiguos cómplices; y que la vida del primer consul no estaba segura en sus manos. En un instante no tuvo límites el desenfreno contra aquel ministro, y aquella misma noche se proclamaba su caída. Retirado Mr. Fouché á un rincon del salon de las Tullerías con algunas personas que no participaban de aquellos arrebatos, se dejaba acusar con la mayor calma. Su aspecto de incredulidad escitaba mas todavía la cólera de sus enemigos. Sin embargo, no queria decir lo que sabia por temor de perjudicar al éxito de las pesquisas comenzadas; pero acordándose de los agentes de Jorge, seguidos algun tiempo por la policia, y perdidos despues de vista, no vacilaba en imputarles el crimen. Habiendo querido ciertos consejeros de estado dirigir al primer consul algunas observaciones, y espresarle sus dudas sobre los verdaderos autores del atentado de la calle de San Nicasio, se enojó vivamente y esclamó:—No me obligarán á mudar de dictámen, aquí no hay chuanes, ni emigrados, ni ex-nobles, ni sacerdotes. Conozco á los autores, sabré dar con ellos é imponerles ejemplar castigo.—Decia esto con gesto amenazador y tono vehemente. Sus aduladores aprobaban y escitaban aquella cólera que habrian debido refrenar despues del horrible suceso que acababa de agitar la imaginacion de todos.

Renováronse al día siguiente las mismas escenas. Según costumbre recién establecida, el Senado, el Cuerpo legislativo, el Tribunado, el Consejo de Estado, los Tribunales, las autoridades administrativas, y los estados mayores, se dirigieron á la casa del primer consul para manifestarle su dolor y su indignación: afectos sinceros y de que todos participaban. Nunca se habia visto en efecto, cosa semejante: la revolucion habia acostumbrado los espíritus á las crueldades de los partidos victoriosos, pero no todavía á las tramas inicuas de los vencidos. Estaban todos poseidos de sorpresa y espanto, temiendo la repetición de aquellas atroces tentativas, y preguntándose con zozobra que seria de la Francia si llegaba á perecer el único hombre que contenia á aquellos malvados. Admitidos en las Tullerías todos los cuerpos del estado, espresaban sus ardientes votos en favor del héroe pacificador que habia prometido dar y daba en efecto la paz al mundo. Era superficial la forma de los discursos, si bien el pensamiento que los inspiraba y en ellos se notaba, era tan verdadero cuanto profundo. El primer consul dijo al Consejo municipal: «Me han enterado de las pruebas de afecto que me ha dado el pueblo de París en la ocasion presente. Las merezco solamente porque el único fin de mis ideas y de mis acciones, es acrecentar la prosperidad y gloria de Francia. Bien podria dejar á las leyes el cuidado de castigar á esa gavilla de foragidos que me ha atacado personalmente; pero ya que acaban de poner en peligro á parte de la poblacion de la capital con un crimen sin egemplo en la historia; el castigo será tan pronto como

«terrible. Asegurad en mi nombre al pueblo de París que ese puñado de malvados, cuyos crímenes han estado á punto de deshonrar la libertad, será reducido en breve á la imposibilidad de hacer daño.»

Todo el mundo aplaudia aquellas palabras de venganza, porque nadie habia que no profiriese por su parte otras semejantes. Las personas sensatas entreveian con sentimiento que el leon encolerizado saltaria acaso la barrera de las leyes; pero la muchedumbre pedia suplicios. Dentro de París la agitacion era estremada, achacando los realistas el crimen á los revolucionarios y estos á los realistas: y unos y otros procediendo de buena fé porque el crimen habia permanecido profundamente oculto entre sus autores. Cada cual discurría sobre este asunto, y según su inclinacion á condenar á tal ó cual partido, encontraba razones igualmente plausibles para acusar á los realistas, ó á los revolucionarios. Decian los enemigos de la revolucion, tanto antiguos como nuevos, que solo los terroristas habian podido inventar tan atroz delito, y citaban como prueba irrecusable de su opinion la máquina del armero Chevalier recién descubierta. Las personas sensatas por el contrario que habian permanecido fieles, preguntaban ¿si los salteadores de caminos, *los calentadores* que cometian tantos crímenes y cada dia desplegaban un refinamiento de crueldad sin egemplo, y que acababan de apoderarse del senador Clemente de Ris, no podian ser autores de la horrible explosion de la calle de San Nicasio, atribuida á sus contrarios los terroristas? Por lo demas preciso es añadir que apenas podian los hombres de ánimo

sosegado lograr ser escuchados en aquel instante; tan conmovida estaba la opinion general, y de tal modo propendia á condenar al partido revolucionario. ¿Pero podrá creerse? En medio de aquel conflicto de imputaciones diversas habia por ambas partes hombres bastante frivolos ó sobrado perversos para usar de otro lenguaje. Ciertos realistas facciosos deseaban la destruccion del primer consul á toda costa; y adhiriéndose á la opinion comun que atribuia el crimen á los terroristas, admiraban la atroz energia, y el secreto profundo que habian sido necesarios para acometer semejante atentado. Los revolucionarios por el contrario casi parecia que envidiaban tales méritos para su partido, y entre ellos habia fanfarrones de crímenes que incurrian en la culpable locura de jactarse del abominable hecho imputado á los suyos. Solo en tiempo de guerras civiles, se nota que hablen con tanta ligereza y perversidad hasta hombres incapaces de cometer las atrocidades que tienen el atrevimiento de aprobar.

Para mayor abundamiento, todos los que hablaban de aquel suceso estaban completamente equivocados, y solo el ministro Fouché presumia quienes fuesen los verdaderos criminales.

Mientras este se ocupaba en descubrirlos, se preguntaban las gentes todas, unas á otras como podrian impedirse en lo sucesivo tentativas de la misma clase. Tan habituados estaban entonces todos á las medidas violentas, que tenian casi por natural apoderarse de los hombres conocidos por haber sido terroristas y tratarlos como el año de 93 habian tratado ellos á sus victimas. Dos dias despues del acontecimiento, el 26 de diciembre

(3 de nivoso), se reunieron dos secciones del consejo de Estado, la de legislacion y la de lo interior; á las cuales mas particularmente correspondia este asunto, á fin de adoptar entre los diferentes proyectos que se ofrecian á su mente el que pareciese mas admisible. Como se discutia á la sazón el proyecto de ley sobre tribunales especiales, se imaginó añadirle dos artículos de los cuales el primero, instituia una comision militar para juzgar los crímenes cometidos contra los individuos del gobierno; y el segundo daba al primer consul facultad de alejar de París á los hombres cuya presencia en la capital se considerase peligrosa, y de castigarlos con la deportacion si procuraban eludir este primer destierro.

Despues de examinar préviamente este asunto en el seno de las dos secciones de legislacion y de lo interior, se reunió toda en consejo de estado bajo la presidencia del primer consul. Espuso Mr. Portalis lo ocurrido por la mañana en las dos secciones, y sometió sus propuestas al consejo reunido. Impaciente el primer consul, las calificó de insuficientes, pareciéndole demasiado poco en atencion á las circunstancias, un simple cambio de jurisdiccion. Quería no menos que prender á todos los jacobinos en masa; fusilar á los que fuesen convictos de participacion en aquel crimen, y deportar á los demas; pero quería hacerlo todo por vias extraordinarias, á fin de asegurar mejor el resultado.—Sería lenta decía, la accion de un tribunal especial, y no alcanzará á los verdaderos criminales: aqui no se trata de hacer alarde de una metafisica judicial: hace diez años que los espiritus metafisicos, lo han perdido todo en Francia:

es preciso juzgar á la situacion como hombres de estado y aplicar el remedio como hombres resueltos. ¿Cuál es el mal que nos atormenta? En Francia hay diez mil malvados esparcidos por su territorio, que han perseguido á todos los hombres de bien y se han empapado en sangre: no todos son criminales en el mismo grado: muchos son capaces de arrepentimiento y no incorregibles; pero mientras se vea establecido en París el cuartel general, y á sus caudillos formando impunemente tramas inicuas, conservarán siempre sus bríos y su esperanza. Atacad con osadía á los gefes, y se dispersarán los soldados, volviéndose á sus talleres de donde los ha sacado una revolucion violenta, donde olvidando la época borrascosa de su vida volverán á ser pacíficos ciudadanos. Los hombres de bien hasta ahora de continuo temerosos, se tranquilizarán al fin, y se unirán mas y mas á un gobierno que habrá sabido protegerlos. Aquí no hay término medio, ó es preciso perdonarlo todo como Augusto, ó se necesita una venganza pronta, terrible proporcionada al delito. Es necesario aniquilar á tantos criminales como víctimas ha habido: deben ser fusilados quince ó veinte de esos infames, y deportados doscientos. De este modo se libertará á la República de los perturbadores que la destruyen, y se la purgará de una hez sanguinaria.... Se animaba mas y mas el primer consul al pronunciar cada una de estas palabras, creciendo su enojo con las señales de desaprobacion que descubria en ciertos semblantes.—Estoy tan convencido, exclamaba, de la necesidad y de la justicia de una gran medida que purgue á la Francia y la tranquilice completamente, que estoy re-

suelto á constituirme solo en tribunal, hacer que comparezcan ante él los culpables, tomarles declaracion, juzgarlos y hacer que se ejecute su condena. Toda Francia me aplaudirá por que no es mi persona la que trato yo de vengar en este caso. Mi fortuna que tantas veces me ha salvado en los campos de batalla, continuará salvándome todavia. No pienso en mí, sino en el orden social que tengo encargo de restablecer, y en el honor nacional que debo lavar de una mancha abominable.

Esta escena habia helado de sorpresa y temor á no pocos del consejo de Estado.

Participando algunos de sus individuos de las pasiones sinceras, pero inmoderadas, del primer consul, aplaudian sus discursos, pero un número mucho mayor, reconocia con pesadumbre en sus palabras el mismo lenguaje de que habian usado los revolucionarios; proscibir á millares de víctimas, pues tambien ellos habian dicho que los aristócratas ponian en peligro á la República; que era necesario deshacerse de ellos por los medios mas prontos y mas seguros, y que la salvacion pública exigia algunos sacrificios. De seguro habia grande diferencia, por que en vez de hombres inquietos y sanguinarios que en su ciego furor habian venido á parar en calificarse á sí propios de aristócratas y en matarse unos á otros, se veia un hombre de genio, caminando con vigor y constancia al noble fin de restablecer el orden en una sociedad revuelta y trastornada. Por desgracia queria dar cima á tan noble empresa, no con la lenta observancia de las reglas, sino por medios prontos y extraordinarios como los que se habian empleado para subvertir el orden. Su buen juicio,



su corazón generoso, y el horror á verter sangre, general entonces, contribuian á estorbar sangrientas ejecuciones; pero, escepto la efusión de sangre, se hallaba dispuesto á arrojarse á todo, respecto á los hombres calificados á la sazón de jacobinos y terroristas.

Se suscitaron algunas objeciones en el seno del consejo de estado, espresadas con timidez por que la exaltación producida en todas partes por el crimen de la calle de San Nicasio, no dejaba valor á los que hubieran querido oponerse á medidas arbitrarias. Sin embargo un personage que no temia habérselas con el primer consul, y le resistia, sin habilidad aunque con franqueza; el almirante Truguet, viendo que se trataba de castigar en los revolucionarios en masa, puso, con disimulo, dudas, sobre quienes eran los verdaderos autores de aquel crimen. —Lo que se desea dijo, es deshacerse de los malvados que están turbando la paz de la República, pues bueno; hágase así; pero hay malvados de varias clases. Los emigrados vueltos á sus casas no paran de amenazar á los compradores de bienes nacionales: los chuanes tienen infestados todos los caminos: los sacerdotes que han entrado de nuevo en Francia, andan por el mediodia encendiendo las pasiones del pueblo, y aquí se está corrompiendo el espíritu público con folletos.... Con estas últimas palabras aludia el almirante Truguet al famoso folleto de Mr de Fontanes de que hicimos mención mas arriba. Ofendido vivamente el primer consul al oirlas, se dirigió á su interlocutor, y le dijo: —De qué folletos habláis? —De los folletos que circulan públicamente, respondió el almirante Truguet. —Citádmelos,

replicó el primer consul. —Tan bien los conocéis como yo, contestó el hombre audaz que no temia arrostrar una cólera tan terrible.

Aun no se habia visto escena semejante en el Consejo de estado. Hacian las circunstancias esta-llar el carácter impetuoso del hombre que tenia entonces en sus manos los destinos de la Francia. Arrebatóse en esto el primer consul, y desplegó toda la elocuencia de la cólera. —¡Nos quieren tratar como á niños! exclamó. ¿Hay quien piense que nos han de persuadir esas declamaciones contra los emigrados, los chuanes y los sacerdotes? Por que haya todavía algunos atentados parciales en la Vendée, ¿se nos va á pedir que se declare, como en otros tiempos, á la patria en peligro?... ¿Se ha encontrado nunca la Francia en situación mas brillante, ni su hacienda en mejor estado, ni sus ejércitos mas victoriosos, ni la paz mas próxima á ser general? Si cometen crímenes los chuanes, los fusilaré sin tardanza. ¿Pero se exige que vuelva á empezar á proscribir por solo llevar el título de nobles, de sacerdotes y de realistas? ¿He de volver á enviar al destierro á diez mil ancianos que solo desean vivir tranquilos respetando las leyes establecidas? ¿No habeis visto al mismo Jorge mandar degollar en Bretaña á infelices eclesiásticos, solo por que se iban reconciliando poco á poco con el gobierno? ¿Se me exige que proscriba todavía por clases; que haga daño á estos por que son sacerdotes, y á aquellos por que son de los antiguos nobles? ¿Ignorais señores individuos del consejo, que á escepcion de dos ó tres, pasáis todos por realistas? A vos ciudadano Defermon, ¿no os tienen por un partidario